

## ***El 2-N y la paz en Oriente Medio***

**Yossi Beilin**, impulsor de los acuerdos de Ginebra y presidente del partido Yajad (LA VANGUARDIA, 25/10/04)

Hay muchas personas a las que les gusta afirmar -medio en broma, medio en serio- que sólo la mitad de la población de un único país elige el jefe de Gobierno de todo el mundo. Mientras tanto, los ciudadanos del resto de planeta esperamos con gran suspense los resultados de las elecciones presidenciales estadounidenses sin tener influencia alguna en ellas. Da la impresión de que en el futuro inmediato esta situación no se verá alterada, así que cuanto podemos hacer es examinar en qué modo esas elecciones pueden afectarnos a nosotros, los ciudadanos de los demás países.

Estados Unidos presume de una política exterior bipartidista. En algunos casos, es cierto; en la mayoría, no. No cabe duda de que el bando republicano da mucho más énfasis a una política exterior de fuerza y determinación; el bando demócrata subraya la voluntad de alcanzar entendimientos políticos. En los últimos años, los republicanos, bajo Bush, han sido identificados con el unilateralismo; los demócratas se han asociado con el multilateralismo. Los demócratas han considerado las Naciones Unidas como una institución de importancia capital; los republicanos no han dudado en menospreciarla. Los republicanos son grandes partidarios de la gestión de conflictos; los demócratas buscan la resolución de conflictos. Claro está que no existe nada que sea blanco y negro, y también hay ejemplos de lo contrario. A pesar de todo, en muchos casos, se da una tendencia constante, y es esto lo que sin duda caracteriza las diferencias entre partidos en el año 2004.

El presidente George W. Bush resolvió ejercer un boicot total sobre Yasser Arafat. Se negó incluso a presentarle unas condiciones para la legitimidad (unas condiciones como las presentadas por el mundo a Moammar El Gaddafi, por ejemplo). Decidió aprobar la decisión tomada por Ariel Sharon en relación con una retirada unilateral de Gaza y se siente cómodo con el rechazo de Sharon a abrir negociaciones de paz con Siria, a pesar de la petición realizada por el presidente sirio Bashar El Assad. Estas decisiones son percibidas por el Gobierno de Bush como proisraelíes, a pesar de que todas ellas son percibidas por una parte importante de la sociedad israelí como dañinas para los intereses nacionales, porque reducen la posibilidad de una paz completa y dan pie a la continuación de la violencia.

¿Será diferente un segundo mandato de Bush? No es imposible. Un Bush que no tema a sus votantes de extrema derecha puede hacer las cosas de modo diferente. Además, es probable que los nuevos asesores le recomienden alternativas a las políticas de los últimos cuatro años. Si Bush cree que una solución al conflicto palestino-israelí facilitará la situación de Estados Unidos en Iraq, como parte del llamado *Gran Oriente Medio*, es lógico que proponga la actualización de la *hoja de ruta* (que supone la creación de un Estado palestino en el 2005) y que todas las partes sean alentadas a mantener un diálogo entre sí, en relación con la retirada de Gaza primero y luego con el estatuto permanente.

Si el presidente es John Kerry, no cabe duda de que se sentirá menos comprometido con las políticas aplicadas en los últimos cuatro años, que no han arrojado resultados positivos. Kerry respondió de forma muy positiva a la iniciativa de Ginebra presentada el 1 de diciembre del 2003, que establece un modelo detallado para un acuerdo sobre un estatuto permanente palestino-israelí. Ha declarado que seguramente nombrará un enviado especial a Oriente Medio e incluso ha mencionado como posibilidad el nombre del antiguo presidente Bill Clinton. Es cierto que, a medida que se han acercado las elecciones, parece haber juzgado conveniente acercarse a las políticas de Bush, pero es razonable suponer que sus verdaderas políticas son las presentadas hace un año y no las de las semanas finales de la campaña electoral.

Si John Kerry nombra un enviado de peso, si establece condiciones para la aceptación de Arafat como representante con el que Estados Unidos celebrará conversaciones y si insiste en que la retirada de Gaza se convierta en el principio de un proceso encaminado a llegar a un acuerdo sobre el estatuto permanente -en lugar de que sea el final del proceso-, entonces existirá la posibilidad de que se produzca un auténtico cambio en el proceso de paz de la región. De un modo u otro, la importancia de las elecciones presidenciales estadounidenses es enorme para los ciudadanos de Oriente Medio; y podrían constituir un punto de inflexión en la deprimente situación que arrastra desde hace cuatro años nuestra región.